

en un lugar
llamado

El Cartucho

[crónica]

en un lugar
llamado

El Cartucho

[crónica]

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural

Alcaldesa Mayor de Bogotá (Designada)
Clara Eugenia López Obregón

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte
Catalina Ramírez Vallejo

Director del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Gabriel Pardo García-Peña

**Subdirección de Divulgación de los Valores del
Patrimonio Cultural**
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Ilona Murcia Ijjasz

Coordinación de investigación y publicaciones
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Ximena Bernal Castillo

Investigación y textos
Ingrid Morris Rincón

Equipo de investigación
Diana Carolina Potes, Guillermo Montoya, Juan
Manuel Viatela, Benjamín Rengifo, Sandro Camacho,
Wilhelm Orly y Carlos Vargas.

Diseño y diagramación
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Yessica Acosta Molina

Corrección de estilo
Ximena Bernal Castillo
Paula Moya

Impresión
Subdirección Imprenta Distrital DDDI

Encuadernación
Milenio Editores
Impreso en Colombia
ISBN 978-958-99705-2-2
© 2011 Instituto Distrital de Patrimonio Cultural

Agradecimientos
Pedro Manuel Rincón, Alejandra Acosta, Carlos Alberto
Garzón, Diego Alonzo, Alberto López de Mesa, Liliana
Moreno David Gutierrez, Juliana Hincapié, Raúl Guillin,
Carlos Alfonso Lara, Manuel Hernández, Hernando
Gómez Serrano, Fabio Zambrano, Renato Vargas, John
Bernal, Alexandra Rincón, Lorena Morris, Linda Criollo,
Andrea González, Cristian Ramírez, Álvaro Escobar,
Vanessa Alzate, Luz Marina Carrillo, Claudia Rivera,
“Pajarito”, “La Peluquería”, Germán Ayala, Mapa Teatro,
Fundación Vida Nueva, Guillermo Alvarez, Centro de
Arte y Cultura Universidad Jorge Tadeo Lozano.





EL DISTRIBUIDOR
VISTAS POR CORREO

MADRID

Contenido

Prólogo / p. 5

Introducción / p. 9

Santa Inés: historia perdida de un barrio olvidado / p. 11

Memoria de un lugar llamado El Cartucho / p. 21

El Cartucho *La historia desde sus habitantes* / p. 41

Recorridos

Memoria Visual de ayer y hoy

Foto historias

Experiencia demoledora, razones para demoler El Cartucho / p. 93

¿Por qué el Parque Tercer Milenio? / p. 107

Glosario de expresiones / p. 125

Bibliografía / p. 135



Presentación

El espacio que actualmente ocupa el Parque Tercer Milenio -lugar icónico del centro de la ciudad debido al cambio urbanístico y de ordenamiento que ha representado desde su inauguración en la década de los 90's-, puede dar cuenta de la azarosa dinámica de nuestra urbe desde los orígenes fundacionales de la ciudad hasta nuestros días. Marcado por la historia del barrio Santa Inés, este lugar de Bogotá puede relatar épocas de riqueza y posterior decadencia cuando a mediados del siglo pasado se transformó en receptor de la violencia que acaecía en el país y de toda suerte de situaciones marginales e informales derivadas del conflicto social.

Como parte de las múltiples narraciones que existen para contar las historias que cotidianamente constituyen el sentido de nuestra capital, se encuentra la acción de la memoria como medio para evidenciar las relaciones que se tejen entre los cambios urbanísticos, espaciales y sociales de los lugares que habitamos. En el caso de “El Cartucho”, como antecesor espacial y vivencial del Parque Tercer Milenio, se revelan las raíces históricas, sensibles y muchas veces dolorosas del devenir de este lugar, que hoy resultan necesarias relatar para no olvidar la importancia de dar continuidad a la construcción colectiva de una ciudad positiva.

La reflexión frente a Bogotá, así como a los cambios de un barrio histórico de la ciudad y a las circunstancias socioeconómicas y los derivados dramáticos que tocan a sus gentes, son los ejes humanísticos por los cuales transita esta investigación. Producto de la beca de investigación denominada “La Ciudad imaginada”, otorgada en el 2008 por el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, entidad adscrita a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte de la Alcaldía Mayor de Bogotá, la presente publicación sintetiza el trabajo realizado en la indagación de fuentes históricas y la puesta en memoria de varios ex habitantes del sector, a fin de confiar a todos los bogotanos y bogotanas la importancia de conocer y comprender la realidad física de ese sector y la vida que halló camino allí, en medio de las adversidades.

“En un Lugar llamado El Cartucho” nos remonta a un hito de la ciudad de Bogotá y a una cruda memoria del país, como alerta para no olvidar que debemos continuar creyendo en la consolidación de una ciudad humana, en equilibrio y respeto por la historia y el territorio que habitamos. Una Bogotá positiva que se consolida en la memoria, para que prevalezca el derecho a vivir la ciudad y a vivirla mejor.

GABRIEL PARDO GARCÍA-PEÑA

Director Instituto Distrital de Patrimonio Cultural

Miradas de Colombia.

[Foto Viviana Cacua Sanmiguel]

[7]



Prólogo

[9]

Corría el año sesenta y tres y yo cursaba tercer año de derecho en la Universidad del Rosario. El mundo era pequeño e inocente, pero había marchas por la séptima y se pensaba en crear un cubo de arte para lo moderno, con la ayuda de Cuellar Serrano Gómez, una firma de arquitectos que había construido el Centro Internacional (Iregui, 2008). El mundo de los sindicatos se expresaba al tiempo que el mundo de la protesta estudiantil; todo estaba bajo la sombra de una pugna entre izquierda y derecha. Al año siguiente nacería el movimiento de las Farc y el debate sobre las “repúblicas independientes”, ante el que el gobierno de Guillermo León Valencia tuvo que responder en el Congreso por las acusaciones del “hijo de Laureano” Álvaro Gómez Hurtado. Hay un poema de Borges fechado en Bogotá ese año donde especula que aún no ha escrito el poema. Un amigo decía: pobre Borges se encontró en la Avenida Jiménez y exclamó: “Oh destino el de Borges”.

Así era un poco el pulso del centro-centro. El convento de Santa Clara no había sido restaurado y la escuela de Bellas Artes moraba en la octava con octava en donde hoy funciona una dependencia del Ministerio de Cultura. Dos amigos míos habían torcido sus destinos para hacerse artistas, después de intentar uno ser médico y otro abogado. Efectuar una deriva siguiendo la suave inclinación de la calle octava era apenas obvio. Así conocí el conglomerado de calles y carreras que enmarcaban lo que ya se llamaba “el Cartucho”, pero no había sido estigmatizado aún.

Casi en ningún otro momento se produciría en mi vida una epifanía: el fenómeno psicológico del “caer en cuenta”. En esas derivas con mis amigos artistas caí en cuenta de lo que era la llegada a Bogotá de la pobreza expulsada de los campos contra cualquier lógica, y que sería la constante

de un país y de un mundo donde la población rural se vació sobre las ciudades en una proporción que cambió por esos años a nivel mundial del 70 – 30 a la cifra inversa. El campo se despobló. Y la ciudad que ya había sufrido el golpe del nueve de abril, tendría que pasar por la ordalía de crear una zona para los que no cabrían en ninguna parte.

Hay unas fotos de Ray Whitley quien usaba el blanco y negro por obligación, que muestra a un campesino en un vagón de tercera del tren de los ferrocarriles nacionales. Había unas rutas que eran recorridas por el carril de acero y otras por las desgastadas trochas de un país sin buenas carreteras. El oriente de Cundinamarca y los Llanos orientales, de Restrepo hacia Villavicencio e intermedias, llegaban por bus, lo mismo ciertas regiones de Boyacá como el valle de Tenza y algunos poblados del sector de Chiquinquirá, que salían más rápido a Puerto Salgar que a la capital religiosa de Colombia. En palabras de hoy se diría que “el Cartucho” nació por un problema de movilidad nacional afectado por un crecimiento sin planeación y fustigado por hostilidades militares sobre el campesinado que ya eran graves desde 1955. En ese año en el mes de mayo el joven periodista García Márquez había llamado la atención sobre el drama de los tres mil niños desplazados del Tolima.

Disponer fechas una detrás de otra, es un ejercicio arbitrario y tan arriesgado como no hacerlo. Pero si se preguntara cómo pasaron ciertas cosas, un sartal de fechas no sobra. El teatro Municipal albergaba a Gaitán pero los que lo escuchaban eran obreros, intelectuales y masas analfabetas pero cultas en su estilo, como las que el mundo de suministros de alimentos desde la antigüedad medieval había visto: el que cultiva y vende alimentos es culto, es decir cultivador. Esa plaza de mercado sería el único vínculo que sentirían los campesinos recién arribados a la urbe.

[10]

La desprotección, la soledad, el abandono de los que llegaban en bus era de alguna manera mayor que aquella que invadía a los que llegaban en tren. El tren tenía la posibilidad de reconocer el trayecto y de alguna forma retornar en el peor de los casos; el que llegaba en bus no podía hacerlo. Allí se instaló el segundo elemento, después de la movilidad. Estoy pensando en el vestuario. ¿Cómo vestirse para resistir la ciudad; la discriminación, el frío, el desprecio y la sensación de las diferencias de calzado o de aroma? Éstas entre tantas otras. Ahí se ubicaron los almacenes de Batán. Telas rústicas hechas en los primeros telares agroindustriales de San José de Suatita, (Raymond, 2007) que por lo demás serían los causantes de un rivalidad perdurable entre las familias López, Caballero Blanco, Caballero Escobar y Caballero Calderón.

En esa deriva a la que he venido aludiendo, no fui una vez, sino muchas al Cartucho. Del barrio Santa Inés ya se estaba borrando todo. La familia Liévano, una de las muchas de alcurnia y la última en abandonar el sector, mantenía la casa de la señora Emilia Aguirre, madre del canciller e historiador. El Palacio Liévano se llama así por esas galerías que ahora son las oficinas de la Alcaldía, y que antes de su incendio se llamaban Galerías Arrubla; como si Arrubla, el historiador del año 1910, y Liévano, el autor de los *Grandes Conflictos económicos y sociales de nuestra historia*, hubieran escrito sus historiografías después de haber sido comerciantes o mientras

lo eran. En el libro sobre la *Ciudad de los Elegidos*, (Mayorga, 1979) se ve cómo el padre del historiador del mismo nombre, Indalecio, fue el político prominente de las empresas urbanas en el Concejo de ciudad, entre los veinte y los cincuenta. Así lo muestra la amplitud de su mausoleo en el cementerio Central.

La cadena de fechas sería la siguiente: Dominio de bogotanos en las instituciones urbanas hasta los treinta; dominio de las familias antioqueñas, Ospinas et al. hasta los sesenta y hasta hoy junto con el manizalita Mazuera, emparentado con Villegas, el fundador de El Tiempo; papel de Gaitán Ayala como atizador del encono social y revancha popular por su muerte, asesinado; papel de Gaitán Cortés pariente lejano del otro y emparentado con los Villegas en los trazados de la 26 y la valorización retardada de los terrenos de la hacienda Salitre, etc, etc; bombardeos desde 1955 hasta la semana pasada en todo el territorio donde yacen rezagos campesinos, acompañados de políticas de motosierra y boleteo.

Así se generó El Cartucho. La segunda deriva memorable fue en compañía de algunos antropólogos colombianos y norteamericanos en 1985 a raíz de un Congreso de Antropología. Recuerdo a los “ñeros” diciéndole al gringo, todavía con cierto orgullo sano: camine gringo le muestro mi “cambuche”.

Ya la degradación era inocultable. El negocio de la droga era importante al comienzo, pero más importante era el negocio de los compradores de papel, cartón y vidrio. Le compraban a los recicladores callejeros en carritos de balineras, (Salcedo, 1984)¹. Luego vino la degradación total y la campaña mediática. Entre el noventa y el noventa y siete. Recuerdo un anuncio en el diario La República que anunciaba la creación de una campaña publicitaria de *city marketing* liderada por un periodista que luego continuó siendo guardián de la integridad de la imagen de varios alcaldes.

Imposible no ser asediado por los fantasmas de estos recuerdos personales que bien trascienden mi persona. Pero basta por hoy.

Cuando Ingrid Morris Rincón, antropóloga de la Universidad de los Andes, que nunca estuvo en mis clases, se aproximó a la idea de montar una investigación y me comunicó su proyecto, sobre la reconstrucción de la vida de “El Cartucho” a través de la memoria imaginada por exhabitantes de la calle, sobre la extensión del Parque Tercer Milenio, sentí una ráfaga fuerte de interés, por esa manera de viajar a través de la imagen. Como diría Didi-Huberman, las imágenes toman posición en el lenguaje brechtiano de la lucha por la postura de clase y sus agudas contradicciones, como en *la Ópera de tres centavos* (2008). La naturaleza inocente con la que los habitantes del

1 María Teresa Salcedo es Antropóloga de la Universidad de los Andes, M.A. y M.Phil. en Antropología de Columbia University. Actualmente es investigadora del ICANH y entre sus proyectos se cuentan: "Sentidos de lugar y percepciones de Ley y Orden", "Fisonomías de lo público y lo privado: identidad y percepción en espacios urbanos" (en Revista Colombiana de Antropología, N° 39, Año 2003) y el proyecto "Mimesis en el estudio de las culturas juveniles". Ha sido una de las investigadoras más importantes en cuanto a los recicladores y los “ñeros” por su tesis de pregrado.

sector maldito, recuerdan cuál era la cuadra del descuartizadero; los depósitos de cadáveres; las armas y las estatuas de San Agustín; los cheques en blanco y las pastillas de cianuro; las gafas sin montura o con fórmula válidas para cualquiera. Todo este mundo de sincronización del detritus humano y comercial, validado por una zona de desesperación a tres cuadras del Batallón Guardia Presidencial, como se decía en los periódicos: muestra las extrañas familiaridades que tocan los excesos de poder y de imponer, como nos enseñó Bataille en *la Parte Maldita*.

El resultado de esta investigación que el lector tiene entre sus manos, es una – la primera – pero no la última – de las múltiples investigaciones, sobre vida urbana e intereses sociales y económicos que se comienzan a dar en la ciudad capital de esta extraña república de Colombia.

¿Se acabó El Cartucho? Claro que no. La ollas se multiplicaron entre los barrios de Ciudad Bolívar, Bosa y Soacha, con sus correspondientes fenómenos de dominio paramilitar y limpieza social. Ya no son los vendedores de mecánica del parque de los Mártires, son los mismos soplones de barrio que toman revancha por tumbes de cien mil pesos. La limpieza social en los Altos de Cazucá esta viva. Está ejerciendo su sombría tarea de producir un terror sordo y barato. El parque tercer Milenio no ha “pegado” aún. Así vamos. El Cartucho, entonces, no se acabó, se multiplicó
¿Enfrentaremos, o mejor qué haremos con estos nuevos y patéticos escenarios?

Manuel Hernández Benavides

[12]

Otra mirada de la injusticia.

[Foto Juan Carlos Goyeneche]



Introducción

[13]

Entre los recuerdos de infancia siempre tengo en mi memoria la imagen de la gente de mi entorno que al hablar del centro de la ciudad de Bogotá, entre percepciones y recuerdos, comentaba la existencia de un lugar por donde no podían pasar, pues quien cruzara sus cuadras no tendría suerte ese día; quien se extraviara conduciendo su automóvil, no saldría intacto de tal aventura. Estos acercamientos, a mi parecer misteriosos e irreales, eran como historias de otras urbes más lejanas. Todas esas imágenes constituían mi reducida visión de niña, de la ciudad frente a la que gente más adulta me cuidaba impidiéndome salir de casa sin precauciones.

Con el tiempo fui creciendo a la par de la ciudad; comprendí que esas historias fantásticas hacían referencia al famoso Cartucho. Un barrio de gente humilde y desfavorecida, del que no supe mucho más que esporádicas historias macabras recogidas por el voz a voz, pues ni los medios, ni el gobierno hacían un seguimiento público del tema. Decidí creer entonces, que este lugar era un espacio vetado para la ciudad y por esto no dejé de cuestionar, cómo y de qué manera se creaba una zona como esa; cómo llegaba a ser rechazada por una sociedad que de alguna manera estaba vinculada en su creación. Lo que no sabía era que las fibras ocultas de la sociedad, el “bajo” mundo donde se unen todas las clases sociales y todos los que actúan por fuera del “deber ser” que el “alto” concilio social impone, encontraban en el Cartucho un aliento, un refugio donde se podía subsistir a muy bajo costo.

Quizá por todo esto, y después de tener una formación en ciencias sociales y de ver el cubrimiento mediático en torno a la demolición y desplazamiento de los habitantes de esta zona ante la desaparición del barrio, mi percepción fue diferente. La preocupación por no saber de dónde salían y a donde iban sus